

La pluralidad caótica: 50 años de in-dependencia africana¹

Anacleto Pons

Anacleto Pons es profesor de Historia Contemporánea en la Universitat de València. Es autor, entre otras obras, de *Así se escribe la microhistoria* (con Justo Serna; PUV, 2002).

El África que yo recorrí en el periodo de entreguerras no era ya el África heroica de los primeros exploradores, ni tampoco el África a partir de la que Joseph Conrad concibió su magnífica obra El corazón de las tinieblas, y difería igualmente del continente que hoy vemos salir de un largo sueño y trabajar, a través de movimientos populares como la Agrupación Democrática Africana, a favor de su emancipación. Por ese lado –así me veo tentado a creerlo– ha de buscarse la razón por la que no encontré en ella sino un fantasma.

MICHEL LEIRIS, *El África fantasmal*

1. En 2010 se celebró el primer cincuentenario de las independencias africanas. Antes de 1960 sólo ocho países africanos disfrutaban de un gobierno propio, sin contar a la irreductible Etiopía: Liberia (1847), Egipto (1922), Libia (1951), Sudán (1956), Marruecos (1956), Túnez (1956), Ghana (1957) y la antigua Guinea francesa (1958). Dos años después de esta última el proceso devino imparable y a él se sumaron 17 nuevos Estados: el primero de enero de 1960 lo consiguió Camerún y le siguieron de inmediato Togo (abril), Madagascar y la República Democrática del Congo (entonces Zaire, en junio), Somalia (julio), Benín, Níger, Burkina Faso (Alto Volta), Costa de Marfil, Chad, la República Centroafricana, Congo, Gabón y Senegal (agosto), Mali (septiembre), Nigeria (octubre) y Mauritania (noviembre). En 1961 serían Sierra Leona y Tanzania; en 1962 se sumarían Ruanda, Burundi, Argelia y Uganda; y así sucesivamente, hasta la aparición de Eritrea en mayo de 1993.

1960 es, pues, un símbolo que representa la ruptura entre las colonias africanas y sus correspondientes metrópolis. De ahí que no importe que la mayoría de las que lo consiguieron fueran francesas o que en los años sucesivos se añadieran muchas más, con sus correspondientes escudos, banderas, himnos y nacionalidades diferenciadas. Lo que cuenta es su significado, la consumación de un proceso que no ocurre de la noche a la mañana; hubo un trayecto previo, largo y en ocasiones violento, que arranca al menos en la posguerra y que, a grandes rasgos, se produce en el contexto de las consecuencias de la conflagración mundial, la lucha de los propios africanos y la percepción de los desmanes coloniales, en particular desde que se difunden las atrocidades cometidas en el Congo del rey Leopoldo.

¿Qué balance podemos hacer de esos 50 años de liberación? ¿Qué queda de aquellas esperanzas de libertad, de emancipación y de autogobierno? No es sencillo contestar a esas preguntas, porque cualquier respuesta genérica corre el riesgo de reducir a unos cuantos tópicos la diversidad africana, esa geografía sobre la que se han dibujado más de cincuenta Estados con sus respectivas y aleatorias fronteras. Por supuesto, hay algunos procesos generales y existen ciertas tendencias que pueden ser expuestas más allá de las

1. Agradezco a Fátima de Várcel sus amables y acertadas sugerencias sobre el texto.

peculiaridades de cada sociedad. Podríamos decir que hay signos de mejora, aunque lo más sangrante haya sido la sustitución del colonizador extranjero por el sátrapa local. Como ha señalado Achille Mbembe:

restauración autoritaria en unos sitios, multipartidismo puramente de fachada en otros, avances limitados que no dejan de ser reversibles en algunos más; y un poco por todas partes niveles muy elevados de violencia social, incluso situaciones de enquistamiento, de conflicto larvado o de guerra abierta, sobre el fondo de una economía de extracción que, como derivado directo de la lógica mercantilista del colonialismo, aparece como la cara presentable de la depredación. He aquí, salvo algunas excepciones, el paisaje de conjunto.

Este estudioso añade a ello cinco tendencias estructurales: la ausencia de un pensamiento democrático frente al modelo depredador predominante; la disminución de cualquier perspectiva de revolución social; el envejecimiento y la perpetuación de los gobernantes; el deseo generalizado de abandono, de vivir en cualquier parte excepto en su propio país; y el surgimiento de una cultura de la delincuencia, con disturbios sangrientos, muertos y, en ocasiones, guerras de pillaje.² Quizá esa caracterización sea excesiva, pero contiene elementos de verdad que invitan a la reflexión.

Para no caer en el pesimismo absoluto y no generalizar en exceso, puede que convenga tomar un caso concreto, aunque su representatividad pueda ser también cuestionada. Hay ejemplos que parecen evidentes, por conocidos, como podrían ser Sudán o Nigeria o la zona de los Grandes Lagos o Liberia o Sierra Leona o Somalia. No obstante, acaso por estar más presentes en los medios de comunicación y ser más famosos, unas veces parecen excepciones y otras acaban por contaminar la percepción que tenemos del Continente. De ahí que quizá sea mejor optar por un país sin tanta repercusión.

En el caso de hacerlo acudiendo a la cronología, el candidato lógico es Camerún. Razones para tal elección no hay muchas más, o hay tantas como se quiera, pero no importa. Se trata de un país discreto, del que apenas se suele hablar, excepto por sus victorias deportivas o, para el caso que nos ocupa, porque obtuvo la independencia antes que ningún otro en aquel año de 1960. Sin embargo, quien dio inicio a los festejos fue la República de Togo, que acudió puntualmente a la cita el pasado abril, aunque sin grandes alharacas. No es extraño, porque la familia Eyadéma lleva en el poder desde 1963 y su único timbre de gloria es haber dado el primer golpe de Estado del África negra, asesinando al líder de la independencia, Sylvanus Olympio. También se adelantó Senegal, que ese mismo mes organizó otro acto del mismo tenor, pero con mucho mayor alboroto.

Togo y Senegal son dos de las caras, las más habituales, de la moneda africana poscolonial. El primero, como veremos con Camerún, es muestra de todos esos gobiernos que no pueden izar la bandera de la lucha contra la metrópoli, pues han representado los intereses de aquella y en su deber, además, consta haber combatido a quienes pugnaban por romper radicalmente los lazos coloniales. Senegal vendría a representar todo lo contrario, aunque con ciertos matices. En este caso, el presidente Abdoulaye Wade no tiene ningún problema en reivindicar la figura de Léopold Sédar Senghor, el primer gobernante del país. Además, como es ya octogenario y ha compartido experiencias semejantes, puede reclamar el mismo panafricanismo moderado que se atribuía a aquél. Por tanto, Wade, como muchos otros a lo largo de la segunda mitad del xx, ha podido apelar a esa idea que le asocia con el surafricano Robert Sobukwe e incluso con su compatriota Mandela, pasando por Kwame Nkrumah en Ghana, Patrice Lumumba en el Zaire, Sekou Touré

2. Achille Mbembe, «Aux Africains de se battre», *Courrier International*, núm. 1013 (abril de 2010), <http://www.courrierinternational.com/article/2010/04/01/aux-africains-de-se-battre>, consultado el 23/11/2010.

en Guinea, Jomo Keniatta en Kenia, Julius Nyerere en Tanzania, Hastings Banda en Malawi, Amilcar Cabral en Guinea Bissau, Robert Mugabe en Zimbabwe o el propio Senghor, sin olvidar otros referentes como Cheikh Anta Diop, Franz Fanon o Aimé Césaire.

La celebración senegalesa, por eso mismo, merece unas líneas, en tanto puede ejemplificar la idea que esta primera generación aún mantiene y la forma en la que la experimenta ahora, medio siglo después. Abdoulaye Wade, que está en el poder desde 2000 tras cuatro décadas de pugnas con Senghor y con el sucesor de éste, Abdou Diouf, decidió adelantar el evento para que coincidiera con otra inauguración largamente demorada: la de una impresionante composición escultórica, cuyos rasgos recuerdan al realismo socialista; en ella una musculosa pareja y un niño emergen del volcán colonial elevándose hasta los 50 metros de altura. Es una especie de enorme simulacro, que sintetiza algunos de los rasgos señalados. Tiene que ver con los símbolos africanos por excelencia, la negritud y el panafricanismo, pero también con la modernidad. Por una parte, el estreno vino precedido de la reivindicación de Aimé Césaire, de quien la compañía de teatro nacional representó *La Tragedia del rey Christophe*, una obra que trata sobre las locuras políticas de un dictador poscolonial. Por otra, el presidente se reclama heredero del panafricanismo, a pesar de que la federación entre su país y el llamado Sudán francés (Mali) fracasó un año después de constituirse en 1959. Pero Wade es un octogenario que cumple una década en el poder y puede presentarse de ese modo, como un *primus inter pares*. Finalmente, la estatua muestra lo extendido que está en África el neomodernismo, que confía en los dictados de las batutas internacionales.³ A la postre, esta composición, bautizada con

el nombre de «Renacimiento africano», es tanto un símbolo de la independencia como un reclamo turístico, una forma propia del siglo XXI para plasmar la liberación de las cadenas coloniales y proyectar la modernidad, el progreso. No es extraño. Lo normal es que los grupos dominantes inicien su preeminencia con el dominio colonial, bajo su amparo. De ahí que compartan su imaginario, tanto en conceptos como en ideologías y, por supuesto, la misma confianza taumatúrgica en el progreso y en las formas en las que se ha desplegado, desde el despotismo ilustrado luchando contra la superstición hasta la liberalización económica como palanca salvadora.⁴

Camerún es, en cambio, un caso semejante al de Togo. No hubo ningún golpe de Estado, pero la independencia fue resultado de un conflicto sangriento contra el ocupante y de la inmediata represión francesa que, tras el asesinato del líder nacionalista Ruben Um Nyobe, dejó el país en manos de un gobierno solícito. Los recuerdos son, pues, muy distintos a los de Senegal y mucho más dolorosos. Algo que no es extraño



3. Ferdinand de Jong y Vincent Foucher «La tragédie du roi Abdoulaye? Néomodernisme et Renaissance africaine dans le Sénégal contemporain», *Politique Africaine*, vol. 118 (2010), págs. 187-2004.

4. Jean-François Bayart y Romain Bertrand, «De quel 'legs colonial' parle-t-on?», *Esprit*, núm. 12 (diciembre de 2006), págs. 134-160.

y que se podría aplicar a otros países en los que sus respectivos líderes se opusieron a los intereses de la metrópoli, como Nkrumah o Lumumba. Quizá por eso Camerún ha escogido distintas fórmulas. Por un lado, declaró 2010 año de la conmemoración del cincuentenario. Por otro, el acto más significativo fue bastante aséptico, un Congreso, un magno evento bajo el lema «AFRICA21. Nuevos desafíos para África» que concluyó al cabo de dos días con un alegato al uso: la «Declaración de Yaundé». Finalmente, la auténtica celebración fue en mayo, día de la fiesta nacional, una fecha que no reivindica la independencia, sino la unificación de 1972, lo cual dice mucho de las peculiaridades de este país.

2. Camerún, como el resto del África subsahariana, fue objeto del reparto territorial que las potencias occidentales acordaron en la célebre Conferencia de Berlín (1884-1885), a resultas de la cual pasó a manos alemanas. De ese modo, y en su total desconocimiento, la mayoría de pueblos del Continente quedaron bajo el dominio y propiedad de unos extraños. La apropiación y colonización efectivas no fueron inmediatas, pues su ritmo varió según los intereses y las fórmulas que cada metrópoli adoptó. Eso sí, se hizo pasar por legítima desde el principio bajo el pretexto de ciertos acuerdos con los nativos. En Camerún, los alemanes pactaron en 1884 con los poderes locales establecidos en la costa, en Douala. La conquista no fue fácil, sino más bien sangrienta, con constantes revueltas por todo el territorio, reprimidas duramente, aunque sin llegar al extremo de lo ocurrido en el África alemana del Sudoeste. Su presencia y dominio se mantuvieron hasta que, al acabar la Primera Guerra Mundial, el territorio volvió a cambiar de manos, siendo asignado a Francia y Gran Bretaña por la Sociedad de Naciones. Esta división, como veremos, marcará el futuro del país, creando una dualidad cultural bajo las influencias francófona y anglófona. Ambos gobiernos fueron semejantes en el fondo, manteniendo el patrón económico iniciado por los alemanes, basado en el modelo de plantación, pero distintos en la forma. Mientras los franceses mantuvieron la unidad de su zona, los británicos la administraron desde la vecina Nigeria, en donde pensaban integrarla, y la dividieron a su vez en dos (norte y sur).

La Segunda Guerra Mundial tuvo un gran impacto en las colonias del Continente, con un aumento de la pobreza y una oleada de protestas. Los soldados africanos, que lucharon por la libertad de franceses y británicos, comenzaron a preguntarse por qué no pelear por la de su propio territorio. En Camerún hubo esa misma reacción e idéntica represión por parte de la potencia ocupante y de los propios colonos blancos, mucho más numerosos que en el cualquier otro dominio francés subsahariano. Sin llegar al caso de Argelia, habían llegado atraídos por las oportunidades que ofrecía el sistema de plantaciones y por las facilidades de emigración que proporcionaba la Sociedad de Naciones, en particular para los que no provenían de Francia. Además, poco antes de que terminara la contienda, en una Conferencia celebrada en Brazzaville en 1944, el general De Gaulle prometió revisar las relaciones con las colonias creando órganos de representación, dándoles derecho a voto, igualdad de trato, etcétera. De hecho, dos años después y en el contexto de la IV República, el término colonia dejó paso al de Unión Francesa: se abolió el trabajo forzoso y las leyes segregacionistas, se permitió la acción de sindicatos y partidos, cediendo espacios a los nativos en el

Parlamento francés y creando una asamblea territorial; en el caso que analizamos, la *Assemblée Représentative du Cameroun* (ARCAM).

Es en ese contexto en el que surge, en abril de 1948, el principal grupo de resistencia: la *Union des Peuples du Cameroon* (UPC), liderada por Ruben Um Nyobe, cuyas movilizaciones se dejaron sentir sobre todo en el sur y en el oeste del Camerún francés, su principal zona de influencia. De origen sindicalista y de corte nacionalista, su implantación suroccidental se explica porque sus dirigentes eran bassa, bamileké, duala y bamoun, un aspecto que se fue acentuando con el tiempo, sobre todo conforme la administración francesa resaltaba esa pertenencia y movilizaba otras organizaciones étnicas en su contra. De hecho, se habla de una fase bassa hasta la muerte de Nyobe y otra bamileké desde 1959, cuando la resistencia se convierte en una revuelta campesina⁵.

El objetivo de este movimiento era doble: independencia y unidad, recuperando la parte que había quedado en manos inglesas. Esa reclamación proporcionó a la UPC una creciente popularidad, que vino acompañada de numerosas acciones violentas contra la potencia colonial. Ante esta situación los franceses respondieron con la represión, como en Indochina, pero poco a poco intentaron buscar soluciones moderadas, fomentando la aparición de otros grupos que sirvieran de contrapeso. Así, a principios de los años cincuenta surgen partidos que se muestran favorables a la colaboración con la metrópoli. Entre ellos, el *Bloc Démocratique Camerounais* (BDC) de Louis Paul Aujoulat, que formaba parte de la red de partidos creados por los africanos que eran representantes en la Asamblea Nacional francesa: el de Senghor en Senegal o el de Houphouët-Boigny en Costa de Marfil. En Camerún, era visto inicialmente como el partido del norte, fundamentalmente el de los musulmanes, en el que había otras figuras relevantes, como Ahmadou Ahidjo. Este último será, al fin, la figura clave, una especie de «joven turco» que aparece como representante de una fuerza nacional que podía coaligar a los musulmanes del norte y a los cristianos del centro del país. El respaldo francés y los continuos enfrentamientos de los primeros años tuvieron una consecuencia de largo alcance: la formación de un ejército fuerte y leal al gobierno, así como uno de los servicios de inteligencia más eficientes en la lucha contra la insurgencia⁶. Ahidjo lo aprovechó para decretar el estado de excepción tras conseguir la independencia, en la que salió victorioso y en solitario su propio partido, la *Union Camerounais* (UC).

Pero esa independencia de 1960 sólo se produjo en la parte francófona. En el mandato británico se celebró un referéndum a tal efecto un año después, en 1961, a resultados del cual cada una de las partes administradas tomó una solución diferente: la del norte decidió unirse a Nigeria y la del sur a Camerún. En este último caso, ello dio lugar a una república federal, que duró hasta la convocatoria de un nuevo plebiscito para fijar el modelo de Estado, el 20 de mayo de 1972, adoptándose entonces un gobierno unitario, pero sin revolver por completo la cuestión relativa a esa dualidad lingüística. De hecho, los problemas con la zona anglófona siempre han existido, aunque larvados, pero se manifestaron con mayor fuerza a partir de los años ochenta, cuando el gobierno procedió a cierta apertura de la vida política. Desde entonces, ha ido emergiendo un sentimiento de marginación, explotación y asimilación ante un Estado y una población sensiblemente francófonos⁷. En ese sentido, podríamos decir que la

5. Richard Joseph, *Le mouvement nationaliste au Cameroun: les origines sociales de l'UPC (1946-1958)*, París, Karthala, 1986; Achille Mbembe, *La naissance du maquis dans le Sud-Cameroun, 1920-1960*, París, Karthala, 1996.

6. Joseph Takougang y Milton Krieger, *African State and Society in the 1990s: Cameroon's Political Crossroads*, Boulder, Westview Press, 1998.

7. Piet Konings y Francis B. Nyamnjoh, «The Anglophone Problem in Cameroon», *Journal of Modern African Studies* 35-2 (1997), págs. 207-229; Willibrod Dze-Ngwa, «El caso del Camerún meridional: en busca de la cohesión interna y de una paz sostenible en Camerún», en Jordi Tomàs (ed.), *Secesionismo en África*, Barcelona, Bellaterra, 2010, págs. 199-231.

cuestión anglófona tiene dos vertientes. Por un lado, la promesa federal de 1961, eliminada en el plebiscito de 1972. Por otro, la frustración cultural, la creciente sensación de que la mayoría francófona no respeta su especificidad histórica y cultural.

Además, hay otros elementos que enturbian la relación. Recordemos que la parte del Camerún que quedó en manos británicas se administraba desde Nigeria. En aquella época, la economía de plantación trajo consigo un aumento en la demanda de mano de obra, y, como resultado, la restauración de la política alemana de contratación de trabajadores nigerianos del interior. Estos no siempre fueron bien aceptados por los nativos de la zona y los colonos alimentaron esas tensiones sociales designándolos como capataces o pagándoles mejores salarios. Para los cameruneses se trataba de una injusticia flagrante, y algo de eso ha quedado en la memoria. Para los francófonos, además, hay cierta tendencia a identificar a la población anglófona con los inmigrantes nigerianos. Aunque no siempre sea cierto, es un elemento que funciona, dadas las tensiones tradicionales entre ambos países.⁸ Así pues, muchos habitantes de Nigeria están asentados en el oeste o en el norte del Camerún desde la época colonial, del mismo modo que uno puede encontrar chadianos en la parte septentrional. A esos vecinos les ocurrió lo mismo que les aconteció a otros africanos cuando se produjeron las independencias o cuando algún cambio de gobierno modificó las leyes sobre la nacionalidad y el acceso a la tierra, como sucedió, por ejemplo, en el Zaire o en Uganda: se convirtieron en extranjeros de la noche a la mañana; en Camerún tal cosa tuvo lugar en 1961, tras años y años de asentamiento.⁹

Sea como fuere, no ha habido confrontación entre ambos países vecinos. El legado colonial más sobresaliente es, aunque a veces se olvide por su obviedad, el de la perpetuación del territorio nacional, nacido de la ocupación y de la interacción entre las potencias imperiales. En ocasiones, y dada la mixtura de pueblos y tradiciones, eso se ha visto como una renuncia, una traición de las elites políticas que, en el momento de la independencia, se ajustaban a lo que heredaban, pero responde también a realidades complejas del pasado, porque el colonizador no crea de la nada. Más bien utiliza procesos en marcha, que recompone, modifica o amplifica, y en los que algunas veces se disuelve.¹⁰ En parte, quizá por eso fracasó la voluntad panafricana de los años sesenta.

Así pues, viendo a grandes rasgos la historia de Camerún, puede entenderse que la celebración de la independencia no solamente no suscite excesivo entusiasmo, sino que incluso derive en malestar. Esa incomodidad puede obedecer a razones diversas. Algunas de índole general, procedentes del ejercicio férreo del poder por parte de su presidente, Paul Biya, que ocupa el cargo desde que sustituyó a Ahidjo en 1982. Otras están relacionadas con la mencionada dualidad del país. Finalmente, hay otra causa, semejante a la citada para el ejemplo de Togo: la independencia, como hemos visto, se produjo en el contexto de una guerra civil, en la que el ganador dependía totalmente del apoyo de la potencia colonial. Es decir, el nuevo gobierno no podía reclamar la misma legitimidad que otros líderes africanos tenían, procedente en estos casos de su lucha contra la metrópoli. De ahí la debilidad camerunesa, de ahí que la fiesta nacional apenas haya sido celebrada en años anteriores, de ahí que la lucha de la UPC y de sus líderes haya sido silenciada. Ahora bien, como contrapartida, esa misma con-

8. En particular, por la ya resuelta disputa sobre la península de Bakassi, en el delta del Níger; una pequeña zona con un alto potencial petrolífero. En la zona, además, ha emergido cierta sensibilidad independentista, que ha acabado mezclándose con las reclamaciones tradicionales de los activistas biafreños.

9. Piet Konings, «The Anglophone Cameroon-Nigeria Boundary: Opportunities and Conflicts», en su libro *Neoliberal Bandwagonism: Civil Society and the Politics of Belonging in Anglophone Cameroon*, Bamenda, Langaa-African Studies Center, 2009, págs. 220-237.

10. Jean-François Bayart, «L'histonicité de l'Etat importé», en J.F. Bayart (dir.), *La greffe de l'Etat*, París, Karthala, 1996, págs. 11-39.

flictividad, que no acabó en 1960, sirvió para que el nuevo régimen justificara la necesidad de un Estado unido y estable bajo la égida de un partido único cuya preocupación fundamental era la seguridad.

3. Además de todo lo anterior, Camerún es un país que suele ser tomado como ejemplo de diversidad étnica, como una suerte de África en miniatura, por sus numerosos grupos humanos y por la ausencia de grandes enfrentamientos entre ellos, al menos en apariencia y hasta las últimas décadas. Ante todo hay que señalar que las diferencias étnicas existen, aunque a menudo se hayan menospreciado o exagerado bajo dos perspectivas opuestas. Por un lado, la de la mística de la independencia, que idealizaba el pasado precolonial y proyectaba una idea de la negritud y el africanismo que, en ocasiones, quería negar la pluralidad. Por otro, el etnicismo occidental, que enfatizaba la diferencia y la convertía en racial, mirando bajo ese prisma toda la realidad africana, atribuyéndole los males del Continente. Como dijo Fredrik Barth, esta última versión es inadecuada, excepto quizá para las islas pelágicas, porque los grupos humanos no son totalidades férreas que se hayan mantenido incólumes gracias a esa cerrazón. Al contrario, se basan en la interacción, lo cual supone también porosidad, movilidad, aunque eso puede incluso acentuar o mantener tales diferencias culturales. Asimismo, puede ocurrir que grupos humanos que no las tienen adopten formas de existencia distintas, y que las institucionalicen, si están diseminados por nichos ecológicos diversos¹¹. Es decir, todo puede variar, puede modificarse, e históricamente así ha ocurrido en África.

11. Fredrik Barth (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE, 1976, págs. 9-49.

Unos de los clásicos estudiosos del país, Jean François Bayart, señaló hace tiempo que el elemento que definía la sociedad camerunesa antes de la independencia era la conciencia *tribal*.¹² Ésta se podía resumir, a su juicio, en la presencia de tres realidades bien diferenciadas en las que se combinaría la geografía, la sociedad, la religión y la etnia: el norte (fulani, feudal y musulmán), el sur (bantú, clánico y cristiano) y el oeste (semibantú, caciquil y esencialmente cristiano). Por supuesto, eso no es todo, porque se suele decir que en Camerún existen alrededor de dos centenares de grupos humanos con mayores o menores diferencias. A grandes rasgos, en el norte y parte del centro, y junto a los fulani/fulbé/peul están los árabes shoa (a los que a veces se llama baggara, como por ejemplo en Senegal) o los de origen sudanés, en especial los kirdi, que no son mulsulmanes. En el oeste, los bamoun, una de las dinastías más antiguas, y los bamileké. En los bosques tropicales costeros, los duala y los bassa. Más al sur, los beti o los ewondo. Pero esas u otras divisiones no son estrictas.

12. Las obras de Bayart sobre este tema son numerosas. La referencia procede de «L'Union nationale camerounaise», *Revue française de science politique*, vol. 20 (1970), págs. 681-718.

La cuestión étnica, tal como se manifiesta, es en buena medida el resultado de aplicar a esa pluralidad la herencia colonial, la del «divide y vencerás», mantenida y fortalecida por las diversas metrópolis. La mayor parte de las identidades particulares («primordiales») no son un fondo atávico, sino que cristalizan en el período colonial, resultado de las maneras en que la metrópoli se apropió del territorio africano. La realidad humana de Camerún es, pues, la misma que se da en otros pueblos africanos, nutrida por los contactos y los conflictos tradicionales, previos a la colonización. Los distintos reinos históricos y sus disputas, en particular los de Ghana, Mali o Songhay, las llegadas de bantus y fulanis, así como otros desplazamientos, supusieron cam-

bios significativos de población, algo que la expansión musulmana acentuó y la ocupación europea culminó.

En toda África, los europeos actuaron por lo general siguiendo una táctica bien conocida: se aliaron con determinados grupos a los que escogieron como socios para su explotación o gobierno. En las primeras épocas, cuando los contactos se centraban en el litoral y la exploración interior era escasa, lo normal era que los favorecidos fueran colectivos que habitaban en la costa, que de ese modo ayudaban a extender la colonización al interior actuando como intermediarios, a veces monopolizando el tráfico de esclavos o mercancías, pues era habitual que los europeos ni siquiera contactaran con esos pueblos más alejados. En Camerún, los alemanes se aprovecharon de la fragmentación social de la zona, estableciendo una alianza con los duala, que les ayudaron a dominar a otros grupos. Esas relaciones, por ejemplo, condujeron a la emergencia de jefaturas separadas en los distintos barrios de la ciudad: bonaberi, akwa o deido. Así pues, a lo largo del Ochocientos, los duala se convirtieron en los intermediarios entre la costa y el interior.

Los franceses aplicaron la misma política, acompañada de la evangelización, pero añadiendo además la tradicional costumbre de deponer a los gobernantes locales y sustituirlos por otros más benévolo a los que se confería una jurisdicción territorial más amplia. Los alemanes también lo practicaron. Por ejemplo, habían educado en Europa a Manga Bell, de nombre Rudolf, el príncipe duala que accedió al trono en 1908 y que, no obstante, tuvo que oponerse dos años después por la confiscación de sus tierras.¹³ Algo semejante a lo que harán los franceses con el sultán de Bamoun en los años treinta¹⁴ o los belgas en los Grandes Lagos. En el resto del territorio, principalmente en el sur y el este, instauraron jefes locales según las supuestas divisiones «étnicas» y reemplazaron a otros con individuos más jóvenes educados en las escuelas francesas. En cambio, en el norte la situación era más compleja, al existir una organización social más cohesionada en torno al islam, de modo que la penetración colonial fue más difusa y no puso cercenar el dominio de los fulanis. Inicialmente, optaron por reforzar estos poderes locales, pero dada su resistencia, finalmente decidieron separar los grupos no musulmanes y crear otros jefes locales para los kirdi, con el consiguiente malestar de unos y alborozo de otros. De ahí que estos últimos y otros grupos de las montañas apoyaran a los franceses. Más al sur, uno de los pueblos beti, los ewondo, vieron como su importancia aumentaba dentro de la administración francesa cuando su lengua local fue adoptada por los misioneros católicos.

Esas prácticas tendieron a acentuar las diferencias y, en algunos casos, a exacerbarlas, en tanto servían a los fines de la administración colonial. Todo eso estuvo presente de algún modo en el momento de la independencia, dado el uso que el gobierno francés hizo del elemento étnico para frenar a los grupos más combativos. Finalmente, la administración poscolonial supuso la concentración del poder en manos de Ahidjo, sin atender de entrada a las reivindicaciones étnicas, temeroso de que se tradujera en multipartidismo y éste cercenara la unidad nacional y su propio control sobre el país. Muchos atribuyeron el régimen y su supervivencia al éxito de un individuo, Ahidjo, al de su grupo étnico, los fulani, y al de «Le Grand Nord», su región de naci-

13. Lynn Schler, «History, the Nation-State and Alternative Narratives: An Example from Colonial Douala», *African Studies Review*, vol. 48, núm. 1 (2005), págs. 89-108.

14. T.M. Bah y G.L. Taguem Fah, «Les élites musulmanes et la politique au Cameroun sous administration française: 1945-1960», en J. Boutrais, *Peuples et cultures de l'Adamaoua: Cameroun*. París, ORSTOM/Ngaoundéré-Anthropos, 1993, págs. 103-133.

miento. De hecho, con la creación del partido único en 1966, la Union Nationale Camerounaise, se sintió con fuerzas para deshacerse de muchos de sus antiguos aliados y prefirió en ocasiones la política colonial del divide y vencerás. Ahora bien, esa práctica permitió asimilar las distintas elites geográficas, fusionarlas en la matriz del Estado y arbitrar sus conflictos. Así fue a lo largo de todo su mandato, e incluso después, hasta finales de los ochenta. Y lo mismo se puede decir de países como Senegal, Costa de Marfil, Kenia, Tanzania o Níger, más allá de si había o no multipartidismo; mientras en otros ha predominado la divergencia, con represión o con la simple ausencia de hegemonía: Uganda, Mozambique, Angola, Guinea Ecuatorial, Chad o Guinea.¹⁵

15. Jean-François Bayart, *El Estado en África*, Barcelona, Bellaterra, 1999, págs.239-244.

4. Por lo general, cuando hablamos de los países africanos podemos establecer una línea divisoria: aquellos que, por las características de su suelo o sus recursos naturales, son pobres; y aquellos otros que, según esas condiciones, son ricos. Camerún pertenece a la segunda categoría. Su suelo y su agricultura deberían cubrir suficientemente las necesidades de la población. Los cameruneses cultivan maíz, sorgo, mandioca, mijo, arroz, piña, etcétera, pero las importaciones van aumentando progresivamente, sobre todo de cereales. Por supuesto, la agricultura de exportación es la que tiene mayor peso: madera, cacao, café, bananas, cauchera, aceite de palma, etcétera.

En muchos países africanos, tras la independencia se adoptaron políticas intervencionistas, con una fuerte presencia de empresas públicas que influían en la producción y en la distribución, regulando los precios y subvencionándolos si era el caso. Esas prácticas empezaron a ocasionar problemas a partir de los años setenta, en una coyuntura crítica en la que el alza los precios del petróleo causó estragos (insecticidas, abonos, semillas, etcétera). Tales dificultades se agravaron una década después, con las recetas impuestas por los organismos internacionales, que supusieron la liberalización de las economías africanas y, más en concreto, la privatización de muchas de sus grandes empresas a cambio de renegociar su deuda. Camerún, por ejemplo, lo hizo con la Société de Développement du Coton del Camerún (Sodecoton), la Société Camerounaise de Palmeraies (Socapalm), el principal productor de aceite de palma, y la Cameroon Development Corporation (CDC), el segundo mayor empleador del país.¹⁶

16. Piet Konings, «Privatisation of Agro-industrial Parastatals and Anglophone Opposition in Cameroon», *The Journal of Commonwealth & Comparative Politics*, vol. 34, núm. 3 (1996), págs. 199-217.

Es lo mismo que les ha ocurrido a otros tantos países de la zona. Ya que hemos mencionado a Senegal, podemos citar nuevamente su caso. Se trata de otro «país rico», esencialmente agrícola, que ha sufrido igualmente las consecuencias de la globalización. Así, la mayor parte de la población trabaja en el campo, pero en la última década ha visto descender de forma drástica los ingresos, porque los agricultores no pueden competir con los precios de los productos importados. Además, los costes se han disparado, tanto los de los fertilizantes y de las semillas como, en general, los de todos los derivados del petróleo. Tradicionalmente, los cultivos más extendidos han sido el algodón y sobre todo el cacahuete, del que llegó a ser el primer productor mundial hace años, y ambos han llevado el peso de la economía hasta hace poco. Sin embargo, han ido perdiendo terreno. El aceite de cacahuete, por ejemplo, que supone una auténtica cultura, ha tenido que retroceder frente al de otras oleaginosas, como la soja y el

girasol, mucho más barato y exportado por las grandes potencias industrializadas. A la postre, las sociedades estatales que fiscalizaban ambas producciones agrícolas, fijando precios, controlando la transformación e interviniendo en la distribución, han sido privatizadas en los últimos años. Primero fue Sodefitex (Société de Développement et des Fibres Textiles), que ha sido adquirida por el grupo francés Dagrís; más tarde le ha tocado el turno a Sonacos (Société Nationale de Commercialisation des Oléagineux du Senegal), que ahora está controlada por un consorcio que forman la citada Dagrís, la multinacional belga De Smet y antiguos trabajadores.

Peor han ido las cosas en otras producciones, como el tomate o el arroz. El primero se ha visto incapaz de competir con el concentrado que llega de la Europa mediterránea y, por lo demás, tampoco existen infraestructuras adecuadas para almacenarlo convenientemente. Y lo mismo ocurre, en fin, con el arroz, un alimento que ha ido ganando adeptos en toda la zona a pesar de que se ha de importar en buena medida. De ese modo, se puede decir que Senegal está colonizado por mercancías llegadas de todo el mundo, de calidad muchas veces dudosa, que han ido desplazando y sustituyendo la producción local. Con ello, se ha acrecentando el déficit de cereales y ha aumentado la dependencia exterior, creando así cierta inseguridad alimentaria. A su vez, para conjurarla se le conceden créditos que sirven para financiar más importaciones, normalmente de arroz; por esa misma razón también van cambiando los hábitos alimenticios, lo cual va contra determinados cultivos tradicionales en beneficio de otros procedentes de la importación, con los costes que ello supone para la economía del país. De hecho, existe un auténtico debate nacional sobre el peso insostenible de las importaciones de arroz asiático y han sido vanos los intentos de las autoridades para que se consuma más maíz, dado que su cosecha es mucho más productiva y nutritiva.

El modelo camerunés es, pues, semejante al de muchos otros países, porque procede del mismo patrón. El poder colonial francés entendió que, además de la extracción de los recursos minerales, los territorios africanos eran campos agrícolas y sus habitantes campesinos. De ese modo, propició la especialización de cada territorio, generando monocultivos. En Camerún, siguiendo el camino marcado por los alemanes y su modelo colonial de plantación, se decidieron por el cacao, el café, las bananas y el aceite de palma. De hecho, los dos primeros aún están entre sus principales cultivos comerciales.

Estos cambios no han resultado beneficiosos para la población africana. El antiguo control estatal sobre la producción y sus precios ha pasado ahora a manos de multinacionales y los pequeños productores, que no pueden competir con ellos, se empobrecen. Disminuye también la agricultura para el consumo interno, devastada por la competencia internacional y por la extensión de los cultivos de exportación en manos de esas grandes empresas, que obtienen concesiones del Estado para ampliar sus explotaciones. Camerún se ha llenado de campos de palmeras y de heveas. Y lo mismo ha ocurrido con su enorme riqueza boscosa. Más de la mitad de sus 22 millones de hectáreas son consideradas ahora como superficie forestal, y no como bienes comunitarios, hasta el punto de que la madera es ya el segundo producto de exportación tras el petróleo en bruto, que aún es la principal fuente de divisas.

17. Julien-François Gerber, *Résistances contre deux géants industriels en forêt tropicale. Populations locales versus plantations commerciales d'hévéas et de palmiers à huile dans le Sud-Cameroun*. Mouvement Mondial pour les Forêts Tropicales, Montevideo, 2008.

Uno de los ejemplos más conocidos de este proceso es el de las plantaciones de las empresas Hevecam y Socapalm¹⁷. Ambas compañías explotan zonas de las comunidades bantú y bagyeli, cuyos modos de vida tradicionales están muy ligados a la tierra, al autoconsumo y al uso del bosque. Además, dado que algunos grupos practican una agricultura itinerante, su dependencia de los recursos forestales es elevada. Para un bantú, es el trabajo familiar el que otorga un derecho territorial, que luego se transmite. Para el bagyeli, es la comunidad y sus desplazamientos los que fijan los límites de lo que disfrutan, sin que haya posesión efectiva y excluyente. Tales prácticas entraron en conflicto con el modelo occidental desde el mismo momento de la colonización, generando distintos problemas. Para los alemanes, el tratado con los duala se leía como una renuncia a la propiedad del territorio, generando tierras libres, sin dueño, que podían ser apropiadas a costa de la costumbre comunitaria.

Las primeras plantaciones se establecieron en la costa norte, dados el clima, los fértiles suelos volcánicos y la existencia de buenos puertos. Así, los primeros monocultivos fueron el cacao y el caucho, modelo que continuaron franceses e ingleses tras la Primera Guerra Mundial. En la zona de la Gran Bretaña, por ejemplo, una parte estaba en manos de la empresa Unilever y la otra, años después, recaería en la citada CDC. Los franceses, que controlaban un área mayor, añadieron otros cultivos: entre ellos, el café, las bananas, el algodón y el aceite de palma. Pero también en este caso los principales propietarios eran grandes compañías, como la plantación de caucho de Dizangué, que a finales de los años cincuenta pasaría a manos del grupo Rivaud (Terres Rouges), hoy Safacam (Société Africaine Forestière et Agricole du Cameroun), filial de la multinacional Bolloré.

El proceso de independencia que se inicia a finales de la década de los cincuenta cuestionará todo ese entramado, lo cual explica la dureza de la represión francesa frente a las demandas de la UPC del sindicalista Ruben Um Nyobe. Así pues, el apoyo galo a Amadou Ahidjo se entiende mejor en ese contexto, tan semejante a otros procesos africanos. De hecho, los primeros decretos de Ahidjo suponen una suerte de radicalización del derecho colonial que interioriza los intereses de la metrópoli bajo la idea del progreso y la industrialización. El reverso, de nuevo, es la desposesión de las comunidades campesinas, con una ley de expropiación (1974) que retoma la idea colonial de la tierra vacante, y la promoción de las grandes plantaciones.

En ese recorrido, uno de los actores fundamentales ha sido la CDC porque es la empresa más antigua y la más grande, la que más empleo proporciona. Sus explotaciones no sólo han condicionado la economía del país, sino su configuración territorial, pues se localizaron primero en las zonas costeras y, con posterioridad, marcaron el trazado ferroviario, es decir, la zona de penetración colonial, aquella en la que había condiciones climáticas favorables y mano de obra abundante. Tras la independencia, algunas cosas cambiaron, porque el Estado prefería áreas menos pobladas donde las expropiaciones no generaran tantos conflictos. De hecho, el periodo poscolonial está marcado, como hemos mencionado, por el control estatal de las nuevas plantaciones, hasta los procesos de privatización que impondrán los ajustes estructurales de la década de los noventa. Las enormes inversiones que eso supuso en los primeros años revertían

en la necesidad de aumentar las exportaciones para obtener divisas con las que pagarlas, no sólo las del petróleo sino también las provenientes de la agricultura de exportación, que así reducía los cultivos para el consumo interno. Algo que, por otra parte, no se consiguió, pues la deuda externa fue creciendo. La solución, de nuevo, era aumentar la superficie explotable comercialmente. Por ejemplo, a finales de los años noventa, y bajo los auspicios del Banco Mundial, el gobierno escogió un territorio de más de 700 mil hectáreas para establecer una explotación integral: la Unité Technique Opérationnelle (UTO) de Campo-Ma'an, en la que participan las citadas Hevecam y Socapalm.

Socapalm posee la mayor plantación de palmeras para aceite, fruto de la política poscolonial de principios de los años sesenta. De hecho, el Estado aún conserva un tercio de sus acciones. Pero el resto es propiedad del grupo Bolloré, una especie de Estado dentro del Estado camerunés que hunde sus raíces en la primera época colonial en la figura del empresario belga Adrien Hallet. Bolloré posee su propio imperio en África, con un sinfín de sociedades en numerosos países y en sectores muy diversos, desde los transportes y la electricidad, pasando por el petróleo, el caucho y el aceite de palma. En Camerún, además de la de Kienké, controla plantaciones de aceite en la zona de Duala y de caucho en Eséka. Por su parte, Hevecam (Hévéa-Cameroun) es una empresa fundada a mediados de la década de los setenta, tras la crisis de aquellos años, y posee la mayor plantación de hevea de toda África, en Kribi. El Estado le alquiló más de 40 mil hectáreas, cuya explotación podrá disfrutar durante un siglo, y acaba de adquirir otra extensión semejante en la misma zona. Como en el caso anterior, también fue privatizada, aunque una pequeña parte de las acciones son públicas, mientras el resto lo posee GMG, un grupo indonesio que ha pasado a estar controlado por la china Sinochem.

Todo eso sin contar sus intereses madereros, donde el Estado, los dirigentes y su círculo de amigos y parientes están igualmente involucrados. Un sector en el que también existe una amplia discrecionalidad. Como ha señalado Damien Millet, la explotación ilegal es considerable, con la complicidad de unos y otros, hasta el punto de que algunos organismos internacionales calculan que la mitad de las talas forestales no están controladas. Asimismo, muchos de esos excesos se producen con la extracción de las especies más raras y valiosas, lo cual alienta aún más la corrupción de un sistema en el que, como ocurre por toda África, la fuga de capitales es inmensa.¹⁸

Este es el modelo del Continente, totalmente dependiente de los intereses de las grandes multinacionales, que controlan lo que se produce y su precio, dado su dominio de los mercados. Y es, además, la práctica que se ha impuesto tras la caída del muro de Berlín y los grandes planes de ajuste estructural. En el caso de Camerún hay que añadir que esa ha sido su política desde la independencia, con un Estado que ha dedicado la mayor parte de sus recursos a ese tipo de desarrollo agrícola, dependiente de las grandes corporaciones y de sus tecnologías, con enormes inversiones de capital y fuerte endeudamiento que han favorecido sobre todo a las elites locales. Y la pregunta es: ¿se ha beneficiado de ello la población? No las comunidades rurales, que han perdido el acceso a los recursos forestales, pero tampoco el resto, aunque la resistencia y los conflictos hayan sido escasos y controlados. De hecho, en 2008 hubo unos denominados disturbios del «hambre», relacionados con el alza de precios, y la situación no ha mejorado. Ello se debe a que, como

18. Damien Millet, *África sin deuda*, Barcelona, Icaria, 2006, pág. 126.

hemos adelantado, uno de los corolarios de la agricultura de plantación es que Camerún importa cada vez más alimentos, sobre todo arroz.

En este caso, el cultivo del arroz fue promocionado desde mediados de los años cincuenta, sobre todo con la creación en la zona norte del Semry (Secteur Expérimental de Modernisation de la Riziculture de Yagoua), pero se amplió en los setenta, bajo el patrocinio de Francia y el Banco Mundial, con el objetivo de mejorar la alimentación de la zona norte y atemperar el éxodo rural.¹⁹ El proyecto, que ocupaba más de 10 mil hectáreas irrigadas, tuvo unos costes extraordinarios, con un resultado doble, al margen del impacto ecológico: la difusión del arroz como alimento popular y, en el contexto de la crisis de los años ochenta, la incapacidad de competir con los precios del mercado internacional. En realidad, buena parte de ese cereal se destinaba a la exportación a los mercados vecinos, en especial al de Nigeria, por lo que la reducción de los intercambios con ese país y la depreciación de su moneda (naira) en aquella década supusieron un duro golpe. De ese modo, el Estado retiró los subsidios en 1988, para ajustarse a las exigencias de las instituciones económicas internacionales, con el derrumbe subsiguiente de la producción. Lo mismo ocurrió con los otros grandes planes, el de la Société de Développement de la Riziculture dans la Plaine de Mbo (Soderim) y el de la Upper Nun Valley Development Authority (UNVDA).²⁰

Eso no significa que el programa de extensión del arrozal fuera una idea equivocada, puesto que al principio produjo beneficios sustanciales,²¹ sino que la liberalización y el funcionamiento del mercado mundial penalizan en todos los casos a los productores africanos. De ese modo, a pesar de sus enormes posibilidades, el arroz que se consume proviene de Tailandia o de Vietnam, mientras Estados Unidos y Europa proporcionan su maíz y su trigo subvencionados. Es decir, Camerún consume lo que no produce y produce lo que no come, una práctica muy extendida por todo el Continente.

Quienes sí parecen ver una oportunidad en ese cultivo son los chinos. Camerún no es de momento un objetivo central de estas inversiones asiáticas en África, pero el Estado ha alquilado a una empresa del país asiático (Shaanxi Land-reclamation) en torno a 10 mil hectáreas para establecer tres granjas en las que, entre otras cosas, está produciendo arroz. De momento, la iniciativa no ha resultado muy fructífera, porque los trabajadores son chinos y los naturales acceden a pocos trabajos en unas condiciones muy duras, con salarios que rondan los dos euros diarios. Y algo parecido sucede con los comerciantes locales, que no pueden resistir la competencia de las manufacturas asiáticas.

En términos generales, la actividad china es sobre todo extractiva, a cambio de sustanciales inversiones en infraestructuras y de la llegada de fabricaciones de todo tipo. La otra cara de la moneda es que, en realidad, algunos países están vendiendo o alquilando su tierra a otros Estados, sobre todo asiáticos, para que éstos produzcan los alimentos que necesitan en sus mercados nacionales. De hecho, si esa producción de arroz camerunés funciona, lo lógico es pensar que su destino sea China. Lo cual explica que aún existan ciertas resistencias a ese desembarco, aunque por lo general toda África la ve con buenos ojos. En parte porque no fue potencia colonial y no despierta las mismas susceptibilidades, pero también porque genera admiración por

19. Paul Loth, *The Return of the Water: Restoring the Waza Logone Floodplain in Cameroon*, Cambridge, IUCN, 2004.

20. Piebiep Goufo, «Rice Production in Cameroon: a Review», *Research Journal of Agriculture and Biological Sciences*, vol. 4, núm. 6 (2008), págs. 745-756.

21. Canute A. Ngwa, «Development Authorities as Agents of Socio-economic Change: an Historical Assessment of the Upper Nun Valley Development Authority (UNVDA) in the Ndop Region of Cameroon, 1970-1995», *Nordic Journal of African Studies*, vol. 12, núm. 2 (2003), págs. 220-237.

sus logros económicos y porque sus prácticas son distintas. Cuando China emergió del caos de los años de Mao y abrió sus puertas a las ayudas, préstamos e inversiones extranjeras de Occidente y Japón, los líderes chinos pudieron observar cómo esa asistencia se podía combinar con otras formas de esfuerzo económico. Vieron además cómo los países ricos se aseguraban de que tal ayuda beneficiara tanto al donante como al receptor. De ese modo, la inversión y el apoyo chinos reflejan su experiencia, el modo en que contribuyó a su propio desarrollo.²² Asimismo, se aplica siguiendo un modelo que se acopla bien a los gobernantes africanos, el de un desarrollo económico controlado parcialmente por el Estado, que bebe más de los éxitos de los tigres asiáticos que del ejemplo occidental.

22. Deborah Brautigam, *The Dragon's Gift: The Real Story of China in Africa*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pág. 13.

5. Dado el peso que el Estado tuvo desde la independencia, los grandes negocios se hicieron en torno a sus recursos y a su regulación. Y este hecho ha acabado por generar otra característica africana, el clientelismo, que en muchas ocasiones se disfraza de disputa étnica o tribal. Así, como hemos visto, la larga estancia del presidente Ahidjo en el poder acabó siendo vista como el dominio del norte y de su grupo étnico, los fulani. De igual modo, la de Paul Biya, desde 1982, se contempla como si se tratara del relevo del sur, el de la oligarquía beti. En realidad, lo que caracteriza a África es la perpetuación de sus dirigentes y ese clientelismo mencionado, que lógicamente beneficia a los grupos o comunidades que les son más próximos, como si de una *etnocracia* se tratara. Por tanto, es una lucha por los recursos y por el gobierno. Por eso, hoy en día se reviste de pugna entre los dos grupos fundamentales, beti y bamileké, que se neutralizan mutuamente según un patrón muy occidental.²³

23. Yvette Monga, «Au village! Space, culture and politics in Cameroon», *Cahiers d'études africaines*, núm. 160 (2000), págs. 723-750; asimismo, J.F. Bayart, *El estado en...*, *op. cit.*, págs. 82-92.

Los beti controlan el aparato administrativo en torno a la capital política, Yaundé, mientras los bamileké tienen el poder económico y los medios de comunicación privados que proporciona la capital económica, Douala. Por supuesto, hay una oposición cultural y una historia. Los semibantús bamileké, que proceden del altiplano de la zona occidental, fueron muy activos en el proceso de independencia y se resistieron durante años al poder de Ahidjo, de modo que guardan una memoria viva de su lucha. Por su parte, el grupo mayoritario bantú de la zona ecuatorial, los beti, recuerdan aún las expropiaciones que sufrieron bajo el régimen Ahidjo, de las que se beneficiaron algunos bamileké. Todo eso ha sido explotado con fines políticos, electorales, como si se tratara de grupos monolíticos, como si todos los bamileké fueran ricos y todos los beti ocuparan altos cargos en la administración. Además, con un discurso en el que unos inciden en la frustración ante el dominio beti y otros movilizan el miedo frente al poder económico bamileké. Todo lo cual acaba a veces en protestas de secesión, que incluso traspasan fronteras y llegan a Gabón, cuya población de fang está emparentada con los beti.

Esa es sólo una parte de la lucha política, que se ha recrudecido desde la liberalización política de las últimas décadas. Así, a juzgar por las últimas elecciones, parece que los beti prefieren el RDPC (Rassemblement Démocratique du Peuple Camerounais), del presidente Biya, al que apoyan asimismo los kirdi y los shoa del norte, adversarios tradicionales de los musulmanes fulani; los habitantes de la zona anglófona se incli-

nan por el principal partido de la oposición, el SDF (Social Democratic Front), que por serlo es también escogido por los bamileké; los bamoun se decantan por la UDC (Union Démocratique du Cameroun), cuyo líder pertenece a esa realeza de Fouban; los bassa por la UPC (Union des Populations du Cameroun), con la que siempre han estado ligados; mientras los fulani prefieren la UNDP (Union Nationale pour la Démocratie et le Progrès), que pasa por ser la heredera de Ahidjo.²⁴

24. Ibrahim Mouiche, *Autorités traditionnelles et démocratisation au Cameroun: entre centralité de l'État et logiques de terroir*, Münster, Lit/Vergag, 2005.

En realidad, todo eso no muestra sino una lucha por el poder en la que las redes clientelares son cada vez más importantes. Lo cual, por otra parte, es resultado de los cambios vividos en África tras el espejismo de las independencias. Como ha señalado el camerunés Achille Mbembe, una de las mayores transformaciones que ha sufrido el Continente en las últimas décadas afecta a la redefinición de su soberanía.²⁵ Esta mutación obedece ante todo a la multilateralidad, al efecto que han tenido las imposiciones de las instituciones financieras internacionales, pero también al creciente peso de otros actores que están entre lo público y lo privado (las ONG, por ejemplo). A su vez, esa pérdida de autonomía ha facilitado la aparición de redes institucionales alternativas a nivel local. Estas últimas son el resultado de un solapamiento entre unas instancias ajenas al Estado y otras que constituyen su prolongación informal, utilizadas por lo general por partidos, elites urbanas u organizaciones internacionales.

25. Achille Mbembe, *Sortir de la grande nuit*, París, La Découverte, 2010, págs. 204-212. Véase también su *De la postcolonie. Essai sur l'imagination politique dans l'Afrique contemporaine*, París, Karthala, 2000.

Otro cambio tiene que ver con las formas de estratificación social, cada vez más marcada. Abajo, la precariedad y la exclusión se acrecientan, sobre todo en las ciudades, dado el enorme éxodo rural vivido en el Continente. Arriba, una oligarquía reducida y compacta, en torno al poder o determinándolo, que controla los recursos, que evade sus capitales y que es capaz de movilizar a la sociedad local e internacional. Entre ambas realidades, una clase media que lucha por sobrevivir oscilando entre la economía formal y los mercados paralelos.

El resultado de todo ello es una gran vulnerabilidad económica, de toda África y de sus ciudadanos. De hecho, aunque no siempre, una forma de mostrar su relativa autonomía ha sido, paradójicamente, la capacidad de iniciar guerras y enfrentamientos, un factor de cambio desde hace mucho tiempo. El caso de los Grandes Lagos y Congo quizá sea el ejemplo más significativo. Las causas, como señala Mbembe, han sido variadas. Algunas son de carácter político, derivadas de los desacuerdos sobre el propio sistema, sobre el reparto del poder, de los bienes y los privilegios. Los contextos, por supuesto, no siempre han sido idénticos, pues en ocasiones se trataba de democratizar y en otras de acceder por la fuerza a los recursos disponibles. En ese sentido, la legitimidad que el nuevo Estado-nación extrajo de las independencias ya no funciona, dada la diseminación de regímenes autoritarios y la extrema liberalización económica. La idea colectiva inicial de búsqueda de consenso y de equilibrio étnico y regional también ha entrado en crisis, trasladándose a las reclamaciones partidistas y a la atomización social. Esa fractura ha permitido que surjan nuevos imaginarios del Estado y la nación. Por un lado, el reconocimiento de identidades, culturas y tradiciones distintas, todas las cuales han de participar alternativamente del gobierno y de sus bienes. Lo cual supone en muchos lugares, por extensión, la marginación del extranjero, algo que choca frontalmente con la porosidad de las fronteras y de las etnias africa-

26. En el Camerún, tenemos el caso de la emergencia de la monarquía, con su tradición sagrada y ancestral. Jean-Pierre Warnier lo denomina modernización conservadora: *Régner au Cameroun. Le Roi-Pot*, París, Karthala/CERI, 2009. Asimismo: Claude-Hélène Perrot y François-Xavier Aymar-Fauvelle, *Le Retour des rois. Les autorités traditionnelles et l'État en Afrique contemporaine*, París, Karthala, 2003.

nas. Además, se cuestiona al Estado como único motor de la modernidad, buscando la legitimidad en la tradición.²⁶ Por otra parte, la globalización, que se entiende como cosmopolitismo e hibridación económica y cultural en todos los sentidos.

Esa misma transnacionalización de África es la que, a la postre, ha hecho que desaparezcan casi todos los proyectos nacionalistas de la primera época, basados en un sector económico estatal y en una mejor redistribución de la riqueza nacional. El Continente es hoy una poscolonia, un inmenso depósito de riquezas naturales cuya explotación está totalmente abierta. Entre esos interesados ha emergido un nuevo extractor, China, pero que construye lo que hasta ahora estaba sin hacer o había sido destruido. El papel que desempeña es cada vez más importante, no sólo por ese rol positivo, sino por su capacidad financiera, por su creciente exceso de liquidez, porque se despreocupa del modelo de gobierno y porque sirve a los intereses electorales de los dirigentes africanos, que suelen anunciar o difundir acuerdos con el gigante asiático cada vez que se acercan unos comicios. Y porque favorece también los negocios de las oligarquías locales, que están empezando a ver las oportunidades y empiezan a mover sus capitales dentro de África, generando cierto panafricanismo económico. El reverso es la pobreza estructural, la ruina de los monocultivos y el neocolonialismo de la tierra, que África está alquilando o vendiendo.

Por supuesto, lo que hay no es el pasado colonial ni su consecuencia obligada, porque hubo diversas posibilidades desde entonces, pero emerge irreductiblemente de él, de sus momentos más terribles. Se dice que en el África subsahariana todo empezó entre 1879 y 1880, cuando Stanley y Brazza se aposentaron en el Congo, y que terminó cuatro décadas después, en 1920, cuando la resistencia quedó doblegada en el Continente. Una sucesión de guerras, incendios, enfermedades y hambre llevaron a una conquista apocalíptica que le costó la vida a la mitad de la población.²⁷ Y eso sin contar la trata de esclavos. Pero no hay nada predeterminado. África es un continente dinámico que puede, y debe, descolonizarse. ■

27. Jan Vansina, *Paths in the Rainforests. Toward a History of Political Tradition in Equatorial Africa*.